

LXI PREGÓN DE LA PURA Y LIMPIA
CONCEPCIÓN DE MARÍA

José López Solórzano

Creo en Dios que es un ser inabarcable, espiritual, eterno, misterio, al que me enseñaron a llamar Padre, pero que tiene detalles preciosos de Madre; un Dios que todo lo puede en el amor, que sólo sabe querer y perdonar. De Él sólo proviene lo bueno, lo bello, lo tierno. Creo en un Dios que no sabe, no quiere, no consiente el castigo, el dolor, la muerte. Un Dios que es Creador de Vida, de la Vida con mayúsculas y de la infinidad de vidas con minúscula.

Creo en un Dios que antes de que me concibieran ya me pensó, antes de ser engendrado en el seno materno ya me quiso con amor eterno. Me concedió el regalo de la vida a través de las personas que yo más quiero, mis padres, José y Pura, entretejido en las entrañas de una madre al fuego lento de amor y de la vida. Y compartida con mis cuatro hermanos: Puri, Elo, Antonio y Máximo, portadores, al igual que yo, del amor y sacrificio de nuestros padres.

Y **Creo en Jesucristo**, su Único Hijo nuestro Señor, del Padre nació y al Padre volvió; un Jesús portador de semilla divina, con el mismo corazón de Dios. La Palabra hecha carne, la luz de Dios hecha lámpara, la fuerza de Dios hecha debilidad, el amor de Dios hecho gesto visible, el poder de Dios, su eternidad, hecho Hijo en las entrañas de una mujer, María, Inmaculada en su concepción, Pura y Limpia en su alma y en su vida, que, por obra del Santo Espíritu, tejió en el Templo de Dios la figura, el rostro de un niño. Con amor y con dolor de madre lo parió, lo besó, lo abrazó y lo acostó en un pesebre. El cielo se abrió y cantó la gloria de Dios. La paz inundó el corazón de los hombres amados por Dios.

Creo que este niño fue bandera discutida y el corazón de su madre fue atravesado por una espada de doble filo: la de la muerte y la de la vida.

Fue creciendo en estatura y en gracia a los ojos de Dios y de los hombres, y sus padres guardaban todas las cosas en el corazón.

Y se hizo hombre, verdadero hombre, asumió la condición humana hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz, bajo el poder de Poncio Pilato, al igual que hoy, otros cristos, mueren bajo el poder de otros pilatos. Entró en las mismas entrañas de la muerte, pero Dios lo resucitó y en su resurrección todos hemos resucitado.

Creo en Jesús, realidad presente en mi vida, que me levanta cuando me siento decaído, que me alegra cuando estoy triste, y que me dice *“No temas, yo estoy contigo, todos los días, hasta el fin del mundo”*. De este Jesús me enamoré hace ya tiempo, envolvió mi vida y mi ser, y no pude otra cosa que dejarme querer. Un Jesús del que me siento hermano y amigo. Y que me llamó, porque Él quiso, a ser testigo. Me regaló lo más grande y bonito que yo pueda tener: la vocación sacerdotal, tesoro que va en vasijas de barro, pero tesoro; que un día fue servicio en Ronda, en Vélez Málaga, Estepona, Marbella y hoy se realiza como párroco del Santísimo Corpus Christi, Ntra. Sra. de Gracia y en la S.C. B. de Málaga. Un ser cura que se vive, se celebra, se forma, se alimenta, en esta querida diócesis, presidida por nuestro Obispo Jesús.

Creo en el **Espíritu Santo**, Señor y dador de vida, fuerza de Dios, aliento de Dios, fuego de Dios, que arrasa y destruye, pero

que calma y construye. Espíritu que nos hace exclamar “Abba”, Padre. Espíritu que es susurro y brisa, consuelo y esperanza, fortaleza y ciencia.

Y creo en la **Iglesia**, que es Una, Santa, porque aquí esta Dios, católica porque no entiende de razas, lenguas o culturas y, Apostólica, porque en ellos se sostiene y de ellos aprende.

Creo en la Iglesia como hogar y familia, lugar de encuentro, donde Dios habla a puertas abiertas, donde todos tenemos pan y vino, donde Dios se parte y se reparte, donde Dios se viste de misericordia y perdón, donde Dios se unge con aceite de salvación, donde Dios se significa con y por amor, donde el agua es fuente de salvación y el Espíritu revolotea por cualquier esquina.

A ella, a la Iglesia, la quiero como madre y maestra, a ella intento servir de balde y con todo lo mío y en ella quiero morir con la casulla puesta.

Creo que la muerte no es el final, que Dios me tiene preparada una sorpresa, la Vida Eterna. Donde Él cambiará el luto por danza y la pena por fiesta.

Y allí, con el Padre, el Hijo y el Espíritu, junto a la Madre y el innumerable número de salvados, viviremos y gozaremos la Vida Eterna. Que, para esto, y sólo para esto nos pensó Dios.

Os confieso que no resulta fácil estar hoy aquí, delante de todos vosotros, para pregonar la pureza y Belleza de la Santísima Virgen. Uno siente vértigo en estas cofradías tan de años y con tanta devoción. Después de 32 años dando vueltas por ciudades y pueblos de nuestra provincia, ahora llevo dos años en esta

preciosa y compleja ciudad de Málaga. Y este es mi primer acto en una cofradía malacitana: perdonad mis nervios y mi inexperiencia. Lo voy a hacer lo mejor que sé y que puedo, desde el corazón

Y quiero comenzar agradeciendo al :

Muy Ilustre Felipe Reina, hermano y amigo y querido reverendo Don Rafael, diacono permanente y ecónomo diocesano.

Amigo Rvdo. Don Antonio Prieto y Rvdo. Don Rafael Navarro, gracias por acompañarme hoy, igual que hacéis tanta y tantas veces. Que necesarios son para los curas, los amigos curas.

(Juanma y German)

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Muy Antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía Sacramental de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores

Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de las distintas Cofradías de Semana Santa y Gloria.

Hermanos y hermanas de las diferentes Hermandades y Cofradías de Pasión y Gloria.

Quisiera saludar por primera vez al Hermano Mayor, Don Jesús Zapata, y Junta de Gobierno de la Hermandad del Santísimo Corpus Christi, Jesús Nazareno en su segunda caída y nuestra Señora Reina y Madre del Carmen Doloroso, recientemente creada, de lo que humildemente me siento muy orgulloso, por haber formado parte de este proceso laborioso.

¿Cómo hablar de María con la suficiente ternura, con la suficiente verdad? ¿Cómo explicar su sencillez sin retóricas y su hondura sin palabrerías?

¿Cómo decirlo todo sin inventar nada, cuando sabemos tan poco de ella, pero ese poco que sabemos es tan vertiginoso? Los evangelios – y es lo único que realmente conocemos con certeza de ella- no le dedican más allá de doce o catorce líneas.

¡Pero cuántos misterios y cuánto asombro en ellas!

Sabemos que se llama María, nosotros los creyentes la hemos llamado Inmaculada, que fue el primer beso que recibió de Dios, en su concepción. Maravilloso regalo, único en la historia de la humanidad; sabemos que era virgen y deseaba seguir siéndolo, y que –primera paradoja- estaba, sin embargo, desposada con un muchacho llamado José; sabemos que estaba “llena de gracia” y que vivió permanentemente en la fe... Es poco, pero es ya muchísimo.

Estaba “llena de gracia”. Más: era “la llena de gracia”. Era una mujer elegida por Dios, invadida de Dios, inundada por Dios. Tenía el alma como en préstamo, requisada, expropiada para utilidad pública en una gran tarea.

No quiere esto decir que su vida hubiera estado hasta entonces llena de milagros, que las varas secas florecieran de nardos a su paso o que la primavera se adelgazara al rozar su vestido. Quiere simplemente decir que Dios la poseía mucho más que el esposo posee a la esposa. El misterio la rodeaba con esa muralla de soledad que circunda a los niños que viven desde pequeños una gran vocación.

No hubo seguramente milagros en su infancia, pero si fue una niña distinta. O más exactamente misteriosa. La presencia de Dios era la misma raíz de su alma. Orar era, para ella, respirar, vivir. Se sentía guiada, conducida. Libre también, pero arrastrada dulcemente, como un niño es conducido por la amorosa mano de la madre. La llevaban de la mano, eso era.

Muchas veces debió de preguntarse por qué no se divertía como sus amigas, por qué sus sueños parecían venidos de otro planeta. Pero no encontraba respuesta. Sabía, eso sí, que un día todo tendría que aclararse. Y esperaba.

Sabía, además, que la idea de permanecer virgen, pura y limpia, la había plantado en su alma alguien que no era ella. ¿Cómo podría oponerse? Temblaba ante sola la idea de decir “no” a algo pedido o insinuado desde lo alto. Comprendía que humanamente tenían razón en su casa y en su vecindario cuando decían que aquel proyecto suyo era locura. Y aceptaba sonriendo las bromas y los comentarios. Pero la mano que la conducía la había llevado a aquella extraña playa.

Por eso tampoco se opuso cuando los suyos decidieron desposarla con José. Esto no lo entendía: ¿Cómo quien sembró en su alma aquél ansia de virginidad aceptaba ahora que le buscasen un esposo? Incluyó la cabeza: la voluntad de Dios no podía oponerse a la de sus padres.

Dios vería cómo combinaba virginidad y matrimonio. No se puso siquiera nerviosa: cosas más grandes había hecho Dios. Decidió seguir esperando.

El saber que era José el elegido debió de tranquilizarle mucho. Era un buen muchacho. Ella lo sabía bien porque en Nazaret se conocían todos. Un muchacho “justo y temeroso de Dios”. Hacían buena pareja: los dos podían cobijarse bajo un mismo misterio, aquel que a ella la poseía desde siempre.

El Papa Emérito Benedicto XVI delante de la imagen de la Inmaculada, situada en la plaza de España, en la eterna y bella Roma, rezaba en voz alta:

“Te saludamos y te invocamos con las palabras del ángel: “llena de gracia” (Lc 1, 28), el nombre más bello, con el que Dios mismo te llamó desde la eternidad.

“llena de gracia” eres tú, María, colmada del amor divino desde el primer instante de tu existencia, providencialmente predestinada a ser la Madre del Redentor e íntimamente asociada a él en el misterio de la salvación.

En tu Inmaculada Concepción resplandece la vocación de los discípulos de Cristo, llamados a ser, con su gracia, santos e inmaculados en el amor.

En ti brilla la dignidad de todo ser humano, que siempre es precioso a los ojos del Creador.

Quien fija en ti su mirada, Madre toda santa, no pierde la serenidad, por más duras que sean las pruebas de la vida.

Aunque es triste la experiencia del pecado, que desfigura la dignidad de los hijos de Dios, quien recurre a ti redescubre la belleza de la verdad y del amor, y vuelve a encontrar el camino que lleva a la casa del padre.

“Llena de gracia” eres tú, María, que al acoger con tu “sí” los proyectos del Creador, nos abriste el camino de la salvación.

Enséñanos a pronunciar también nosotros, siguiendo tu ejemplo, nuestro “sí” a la voluntad del Señor.

Virgen “Llena de gracia”, Inmaculada en tu Concepción, muéstrate Madre tierna y solícita con los habitantes de toda la diócesis de Málaga y Melilla, con esta Parroquia y con la cofradía de Dolores de San Juan que tienen aquí su lugar de oración, formación y devoción.

Y que como peregrinos confiados acudimos, una vez más, a esta fuente de gracia, acudimos al manantial de tu Corazón inmaculado, para encontrar en él, fe y consuelo, alegría y amor, seguridad y paz.

Estar Llena de Gracia, limpia y pura no la libra del sufrimiento, el dolor y el desgarró que produce la muerte de un hijo, su único hijo.

Los evangelistas, que tratan todo el tema de la Virgen con una especie de pudoroso respeto, nada nos dicen de dónde estuvo María en los tres años de su vida pública. Pero al llegar la luna llena de primavera vienen esos días tremendos en el corazón de una madre. Si los apóstoles -ciegos y obtusos como eran- percibieron la tristeza que ahogaba el alma de Jesús ¡cuánto más lo entendería María! Llevaba, en realidad, treinta años esperando -temiendo-esta hora.

Recordaría las terribles palabras de Simeón hablándole del dramático destino del pequeño, anunciándole la sangrienta espada que desgarraría su alma. En sus largos años de silencio rumiaba estas cosas.

No terminaba de entenderlas; seguía teniéndolas, como un alimento sin digerir, en la garganta. Ese terror poblaba sus sueños. Se despertaba a veces en la noche, con un sudor frío, temiendo que todo hubiera sucedido ya o estuviera a las puertas. Nadie jamás tuvo así durante toda una vida la espada colgada sobre su cabeza de madre.

Y ahora ya estaba aquí el dolor. ¿Era ya “la hora” esperada y temida?

Difícilmente pudo conciliar el sueño aquella noche. Y éste se vio definitivamente turbado cuando, hacía las cuatro de la mañana, la casa se vio invadida por un huracán de ruidos y voces:

eran los apóstoles –menos Juan, Pedro y Judas- que regresaban contando aterrados lo ocurrido en el huerto.

Ahora no había ángeles floridos, nadie la llamaba “bendita entre las mujeres”. Era otra vez la terrible soledad que la había acompañado casi toda su vida.

Y de pronto el mazazo, Pilato había terminado por ceder a las presiones. Le había condenado. ¿A muerte? Sí. ¿En la cruz? Sí. ¿Hoy mismo? Sí.

Ahora ya nadie pudo contener a la madre. Tomó el manto y salió al camino. Aquello era una locura, iba a sufrir inútilmente e incluso iba a aumentar los dolores de su hijo. Pero no oía razonamientos. Tenía que estar a su lado.

Ella tenía un lugar al pie de aquella cruz. Juan y Magdalena salieron también corriendo tras ella.

El camino desde Betania a Jerusalén se les hizo interminable.

Sólo una madre que haya visto morir a su primer y único hijo puede entender el dolor de esta hora. Solo la madre de un hijo único condenado injustamente a muerte. Pero ella está allí, entera; aterrada, pero aceptando. Todo en ella ya es un sí a la voluntad de lo alto.

Ve a su hijo. Y apenas puede creerlo. Lo sabe y le parece imposible. Lleva treinta años temiéndolo y ahora se da cuenta de que sus temores se quedaron cortos.

También el hijo ha visto ya a la madre. Se miran. Y en la mirada se abrazan sus almas. Y el dolor de los dos disminuye al verse acompañado. Y el dolor de los dos crece al saber que el otro sufre. Y luego los dos se olvidan de sus dolores para unirse en la aceptación. Ahora entendía: éste era su sitio, ésta era su hora.

Su vocación no eran los milagros, sino acompañar en el dolor y la entrega. Esa, y no otra, es su gloria. Hubiera sonreído aceptando, si éste fuera tiempo de sonrisas. Por eso los dos callan, se miran, entienden. Jesús seguirá su camino, ella lo esperará al pie de la cruz.

La presencia de María en la cruz era una doble fuente de dulzura y dolor. Para Cristo tuvo que ser un serenante consuelo sentirse acompañado por ella, ver desde la cruz tangiblemente el primer fruto purísimo de su obra redentora. Pero también fuente de enorme dolor compartir el dolor de su madre.

El que ama, cuando descubre el eco de su propio sufrimiento en el ser amado, siente desgarrarse nuevas regiones en su corazón. El dolor se multiplica así, como la imagen en una galería de espejos.

Jesús había mantenido voluntariamente lejos a su madre de todas sus tareas. Por eso es asombrosa esta proximidad a la hora de la cruz.

Este pequeño grupo al pie de la cruz está allí por algo más que simple razones sentimentales. María está unida a Jesús, pero no sólo a sus dolores, sino también a su misión.

Y en esta Iglesia naciente, tiene María un puesto único. Hasta entonces ese puesto y esa misión habían permanecido como en la penumbra. Ahora en la cruz se aclararán para la eternidad.

Por eso la alejada será traída a primer plano. Esta es la hora, este es el momento en que María ocupa su papel con pleno derecho en la obra redentora de Jesús. Y entra en la misión de su hijo con el mismo oficio que tuviera en su origen: el de madre, virgen, pura y limpia, llena de dolor y esperanza.

Es evidente, que, en la cruz, Jesús hizo mucho más que preocuparse por el futuro material de su madre, dejando en manos de Juan su cuidado. Está claro que se trataba de una maternidad distinta. Y también que Juan no es allí solamente el hijo del Zebedeo, sino algo más.

Es a esta Iglesia y a esta humanidad a quienes se les da una madre espiritual. Es esta virgen, envejecida por los años y los dolores, la que, repentinamente, vuelve a sentir su seno

estallante de fecundidad y su inmaculada concepción sigue intacta

Ese es el gran legado que Cristo concede desde la cruz a la humanidad.

Esa es la gran tarea que, a la hora de la gran verdad se encomienda a María. Es como una segunda anunciación. Hace treinta años un ángel la invito a entrar por la puerta de la hoguera de Dios. Ahora, ya no un ángel, sino su propio hijo, le anuncia una tarea más empinada si cabe: recibir como hijos de su alma a quienes son los asesinos de su primogénito.

Y ella acepta. Aceptó, hace treinta años, cuando dijo aquel “fiat”, que era una total entrega en las manos de la voluntad de Dios. De ahí que el olor a sangre del Calvario comience extrañamente a tener un sabor de recién nacido; de ahí que sea difícil saber si ahora es más lo que muere o lo que nace; de ahí que no sepamos si estamos asistiendo a una agonía o a un parto. Y es que es verdad que morir, también es nacer. Y su Inmaculada Concepción se convierte en una fecunda gestación.

En la Encíclica *Spe Salvi*, sobre la esperanza cristiana, nos dice el Papa Emérito Benedicto XVI que desde la cruz María recibe una nueva misión. A partir de la Cruz María se convierte en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en Jesús y seguirlo.

La espada del dolor traspasó su corazón: ¿Habría muerto la esperanza? ¿Se habría quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado, María, de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: “No temas, María” (Lc 1, 30) ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: ¡no temáis!

En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: Tened valor: Yo he vencido al mundo (Jn 16,33). Y como nos recuerda unas estrofas más adelante: No tiemble vuestro corazón ni se acobarde (Jn 14, 27). “No temas, María”

¡Que resuene HOY en este precioso templo de San Juan aquel grito San Juan Pablo II, “No tengáis miedo” “Abrir vuestras puertas, de par en par, ¡a Cristo! No tengáis miedo a los que puedan matar el cuerpo. No. Tened miedo a quienes nos pueden quitar la esperanza; tened miedo, al que se dice tu amigo, pero te lleva por el mal camino. Tened miedo a la persona que pueda llenar tu corazón de cizaña.

Temblad si alguien os dice que no pasa nada por hacer daño, echad a correr si alguien os ofrece el fraude, el engaño, la mentira, como fuente de vida. Tapad vuestros oídos si alguien os predica que es mejor el rencor que el perdón, y que la venganza sabe mejor que la indulgencia.

Que tiemble vuestra alma si os dicen que Dios está trasnochado, o que la Iglesia no es más que pecado. Gritemos a este mundo la cercanía, el consuelo y la ternura de nuestro Dios.

Llevad el “no temáis” a vuestros hijos que se ganan el pan honradamente. Llevad el “no temáis” a los que viven en fidelidad y respeto su matrimonio. Acercad el “no temáis” a la mujer embarazada, al amigo enfermo y al anciano moribundo. Entregad el “no temáis” a los que viven en soledad, después de años en familia. Confiad el “no temáis” a los que entregan su vida a los demás. Guardad el “no temáis” en lo profundo de vuestro corazón para cuando os acechen las tinieblas.

Que la Inmaculada Concepción nos enseñe a estar junto a la cruz, junto a nuestra cruz, sin derrumbarnos, sin alejarnos de

Cristo, sin pensar en abandono, sino en voluntad, sabiendo que Él, y su Santísima Madre estarán con nosotros, con su Iglesia, todos los días, hasta que este mundo acabe.

Permitidme terminar con una oración:

INMACULADA CONCEPCIÓN

Señora de la noche más buena y esperada,
Señora del silencio y de la luz,
Señora de la paz, la alegría y la esperanza,
Señora de la sencillez de los pastores
Y de la claridad de los ángeles que cantan:

Gloria a Dios en el cielo,
Paz en la tierra a los hombres que Dios ama.
Señora de los pobres y los niños,
Señora de los que no tienen nada,
De los que sufren soledad,
Porque no encuentran comprensión en ningún alma.

Gracias por habernos dado al Señor
Por habernos entregado el Pan que nos faltaba.
Gracias por habernos hecho ricos
Con tu pobreza y fidelidad de esclava.

Nos sentimos felices
Y con ganas de contagiar esta dicha a muchas almas,
De gritar a los hombres que se odian:
Que Dios es Padre y los ama.
De gritarles a los que tienen miedo:
No temáis.
Y a los que tienen el corazón cansado:
Adelante, que Dios os acompaña.

INMACULADA CONCEPCIÓN

Señora de la noche y de la mañana,
Señora de los mares que despiertan
Porque Jesús ha nacido en la comarca.
Señora de los que peregrinan,
Como tú, sin hallar tampoco posada.

Enséñanos a ser pobres y pequeños,
A no tener ambición por nada.
A desprendernos y entregarnos,
A ser mensajeros de la Paz y esperanza.

INMACULADA CONCEPCIÓN

Mira con amor de Madre a nuestra España,
Tu tierra, azotada por profunda crisis, económica,
De valores, de fe, una España envejecida,
Llena de prejuicios e intolerancias,
Amenazada en su unidad.

Mira con ojos de misericordia, nuestra tierra,
Andalucía, sus gentes, sus pueblos, sus mares.
También Madre nuestra, mira misericordiosamente,
A esta nuestra tierra malacitana
Bien sabes el cariño que todos te profesamos,
Bien sabes que te queremos como se quiere a una madre.

Acoge en tus brazos a todos los niños.
Bendice con tu gracia, a los jóvenes y adultos,
Matrimonios, enfermos y ancianos.

Mira nuestra parroquia, que sea
Buena Madre, signo de unión en este mundo
dividido por las enemistades y las discordias.

Hoy, Inmaculada Concepción,
Te rezamos por tus hijos cofrades.
Tus los conoces bien.

Te llaman de diferentes nombres,
Pero te quieren a un solo corazón.
Te ponen diferentes rostros,
Pero te rezan todos con el mismo ardor,
Te llevan en diferentes tronos,
Pero con la misma fuerza y pasión.

Madre Pura y limpia,
Mira a tus hijos cofrades,
Y dales tu bendición.

Que las Juntas de Gobierno sean hogares de
Trabajo e ilusión y,
Las Casas de Hermandad,
Verdaderos talleres de fraternidad y comunión.

Que sus estaciones penitenciales y de gloria sean
Verdaderos templos por las calles y,
Auténticas catequesis de Iniciación.

Como nos dijo Benedicto XVI, durante el Vía Crucis celebrado,
Con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud:
Miremos a Cristo, colgado en el áspero madero y,
Pidámosle que nos enseñe esta sabiduría misteriosa de la cruz,
Gracias a la cual el hombre vive.
Volvamos ahora nuestros ojos a la Virgen María,
Que en el calvario nos fue entregada como Madre,
Y supliquémosle que nos sostenga,
Con su amorosa protección,
En el camino de la vida,

En particular cuando pasemos por la noche del dolor,
Para que alcancemos a mantenernos como Ella,
Firmes en la fe,
Al pie de la cruz.

Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María
Madre de Dios Y Madre nuestra,
Ruega por nosotros pecadores
Ahora y en la hora de nuestra muerte
Amén